

Armando la democracia a finales del siglo

La Mesa Redonda polaca y otras mesas

Elzbieta Matynia

1. LA TRANSICIÓN NEGOCIADA COMO GÉNERO POLÍTICO

Las conversaciones de la Mesa Redonda polaca comenzaron el 6 de febrero de 1989 y terminaron el 5 de abril, cuando, para la mayoría de las personas, el sistema comunista que regía en todo el bloque soviético aún parecía tener fuerza. Está claro que, visualmente, esas conversaciones fueron mucho menos espectaculares y telegénicas que todos los gozosos martillazos que recibió el Muro de Berlín medio año después. Sin embargo, desde la perspectiva que proporcionan diez años, no sólo hay que conceder un importante lugar a dicha Mesa Redonda en la serie de acontecimientos que abrió la caja de Pandora en el bloque oriental, sino que quizá sea aún más importante el hecho de que esas conversaciones formen parte de un reducido número de casos en el que, durante el último cuarto de siglo, la gente ha concebido y puesto a prueba una nueva fórmula para producir cambios políticos profundos sin violencia o utilización de la fuerza.

Es una fórmula de diálogo institucionalizado entre quienes ostentan el poder en las dictaduras y unos movimientos sociales que —a pesar de ser todavía ilegales y con frecuencia estar representados por personas que acaban de salir de la cárcel o volver del exilio, y a las que se califica de enemigos del Estado— el régimen reconoce ya, con mayor o menor renuencia, como los únicos capaces de proporcionar credibilidad al diálogo propuesto y a un posible acuerdo.

En Polonia había tenido lugar una prolongada guerra civil «fría», que comenzó con la imposición de la ley marcial en diciembre de 1981, la ilegalización del sindicato Solidaridad, el establecimiento de campos de internamiento y la creación inmediata, por parte de dicho sindicato, de estructuras clandestinas cuyo fin era ayudar a la sociedad a resistir el «estado de guerra» impuesto oficialmente. El auténtico propósito del diálogo institucionalizado en Polonia fue superar el punto muerto de esta guerra civil «fría» y firmar la paz partiendo de un nuevo acuerdo político entre la sociedad y el régimen. En 1989, ocho años después de la toma de medidas drásticas, el precio estimado de dicho acuerdo se cifraba en una serie de compromisos y concesiones por ambas partes.

Adam Michnik, creador en los años 70 y primeros 80 del concepto de *revolución que se autolimita*, ha señalado que en Polonia este gran avance conlleva una transformación esencial en la que se abandona «la lógica de la revolución por la lógica de la negociación».

Es evidente que la fórmula que surgió de este cambio paradigmático y la que facilitó una transición negociada en Polonia —también antes en España en 1975, en Chile en 1988 y, posteriormente, en Sudáfrica en 1993— rebasa las fronteras geográficas y va más allá de las diversas circunstancias históricas y políticas que produjeron clases tan diferentes de dictadura. En consecuencia, es natural que también variara su tipología (después de todo, lo único que tenían en común España, Chile, Polonia y Sudáfrica era una dictadura de uno u otro signo, o, en términos más generales, el carácter antidemocrático de sus regímenes; pero, aparte de eso, esas dictaduras eran bastantes diferentes unas de otras). Además, como esta fórmula, aplicable a diversas circunstancias, ha incrementado el escueto repertorio de mecanismos y métodos políticos con los que hasta ahora contaba el mundo para poner fin a la opresión por medios no violentos, bien podría resultar que fuera el legado más esperanzador de un siglo, por otra parte, bastante oscuro.

Los principios básicos de la fórmula arrancan de la idea de diálogo. Aquí, tal como ha indicado Habermas al escribir sobre los nuevos movimientos sociales, la negociación no es esa anticuada forma de regateo que practican normalmente sindicatos y partidos políticos. El aprendizaje mutuo, la conciliación y el compromiso —carente, sin embargo, de la pura y simple conformidad— son los motores que empujan este tipo de «negociación dialogada». El auténtico objetivo no es la velocidad del cambio sino su dirección, y ésta siempre tiene como fin el pluralismo, la ampliación de las reformas cívicas y la capacitación de los «sujetos» para que dejen de sentirse objetos, reconquisten una auténtica subjetividad y se conviertan en agentes de sus propias vidas.

Antes de hacer un estudio anatómico de cómo se abordó en Polonia la transición negociada —la Mesa Redonda—, me gustaría hacer algunas observaciones generales sobre las siguientes cuestiones.

¿Cuáles son los requisitos —si es que los hay—, las condiciones previas, para iniciar el proceso que conduce a la negociación de una transición? ¿Qué es lo que hace falta para que se resquebraje una dictadura y para que esté dispuesta a participar en una Mesa Redonda o en cualquier otro mecanismo que pueda facilitar un diálogo con una sociedad dejada de lado y con sus proscritas estructuras? ¿Qué puede convencer a los oprimidos —de hecho, a esas personas, conocidas por su indomable tenacidad, que, con frecuencia, hasta ayer eran presos políticos— para que se sienten ante una misma mesa con sus opresores?

Antes que nada, en tales casos, el antiguo régimen suele estar ya debilitándose. Hace tiempo que han desaparecido sus motivaciones ideológicas esenciales; se encuentra desorientado, y le cuesta pagar las facturas y enfrentarse al descontento social. En España, el fascismo comenzó a deteriorarse en la década de los sesenta; el comunismo polaco se puso en evidencia definitivamente

en 1981 cuando impuso la ley marcial. Ese tipo de régimen ya no puede solventar las crisis. En la vida pública, las instituciones existentes son incapaces de generar estabilidad (y no digamos creatividad) en los ámbitos económico, político y cultural. Tales regímenes siguen teniendo a su disposición una fuerza considerable, de manera que pueden mantenerse en el poder; pero poco más.

Por otra parte, para que sea posible una transición negociada, es muy probable que también el otro bando —es decir, la propia sociedad, sus movimientos y sus dirigentes— haya de mostrar signos de debilidad y de apreciable cansancio. No sólo se trata del coste de la cárcel, el exilio y la creciente sensación de que el tiempo se agota, también del hecho de darse cuenta de que hasta las más espectaculares actividades de la oposición están perdiendo el apoyo masivo. Un ensayista polaco observó con amargura que Solidaridad era víctima de su propia estrategia, que le había llevado a funcionar como una sociedad alternativa que ya no necesitaba al régimen. Como tal, se las arreglaba para seguir adelante, pero a costa, entre otras cosas, de perder un alto grado de eficacia al lidiar con él (Wolicki, 1989).

Fue precisamente esta clase de equilibrio de debilidades entre ambos bandos lo que hizo que la Mesa Redonda polaca fuera no sólo posible sino realmente inevitable. Adam Michnik lo expresó de la siguiente manera: «las negociaciones son posibles cuando la resistencia de la oposición democrática es lo suficientemente fuerte como para evitar que la dictadura la destruya por completo, y cuando ésta tiene la suficiente fuerza como para evitar que la oposición la derribe de un día para otro. La debilidad de ambos bandos se convierte en una oportunidad para la nación». (Michnik, 1999).

Por lo que respecta a esa situación en la que los opresores y los oprimidos se sientan ante la misma mesa, Michnik escribe que «el camino de la negociación produce muchas desilusiones, amarguras y una sensación de injusticia y de frustración. Pero no produce víctimas. Sólo se decepcionan los que, después de todo, están vivos». (Michnik, 1999).

Los requisitos habituales para embarcarse en un diálogo de esta índole son la liberación de los prisioneros políticos (Michnik o Mandela); estipular que las negociaciones incluirán la legalización de las organizaciones ilegales (Solidaridad, el Congreso Nacional Africano o, en España, el Partido Comunista), y garantizar la libertad de expresión y de información.

El inicio de un diálogo puede recibir la ayuda adicional de un tercer grupo o fuerza externa, que sirva como promotor, custodio o intermediario en el proceso. Paradójicamente, tanto en España como en Portugal, esos «terceros» que mostraron una considerable iniciativa a la hora de facilitar esta vía experimental fueron instituciones antiguas, cuando no premodernas, como la monarquía y la Iglesia católica, en las que la legitimidad no procede del pueblo, sino de la divinidad. No obstante, quizá no haya que sorprenderse de ello, ya que precisamente eran dichas fuerzas las que habían pagado un precio más elevado en la época de la revolución...

Además, en el caso polaco se contó con el apoyo de un factor internacional inusualmente favorable, que, en realidad, era el único que tenía importancia

para las sociedades dependientes del bloque comunista: la situación en la Unión Soviética. Las políticas de *perestroika* y *glasnost* de Gorbachov tuvieron su eco en Polonia, donde la confianza que tenía en sí mismo el núcleo duro del Partido Comunista sufrió una grave sacudida. Después de todo, la declaración de la ley marcial en diciembre de 1981 se había justificado y explicado a partir de la amenaza de intervención soviética, que, evidentemente, había fortalecido a los partidarios de esa línea dura. Ahora, la *perestroika* y la *glasnost* desorientaban a los gobernantes polacos, desarmaban al aparato del Partido, minimizaban la posibilidad de chantaje por parte del régimen y animaban a la oposición.

Como cabía esperar, la reacción de Checoslovaquia y la República Democrática Alemana ante el desarrollo de la Mesa Redonda fue extremadamente virulenta. Paradójicamente, quienes más comprendieron el trabajo de las conversaciones fueron los rusos, quienes —según el historiador Bronislaw Geremek, curtido disidente y una de las principales figuras de la Mesa Redonda— consideraron que era un experimento que podía valer la pena repetir en Rusia (Geremek y Zakowski, 1990).

2. TEATRALIDAD DE LA MESA REDONDA POLACA

Aunque el desarrollo de la Mesa Redonda polaca no fuera tan telegénico como el festival que tuvo lugar encima del Muro de Berlín, no dejó de ser —a pesar de su duración (59 días)— un *intenso drama político con 452 actores* (una serie de equipos negociadores en representación de ambos bandos), que se desarrolló (a veces simultáneamente) en *tres escenarios circulares en los que tres conjuntos diferentes* debatían sobre problemas económicos y de política social, pluralismo sindical y reformas políticas. El emplazamiento —o *teatro*— donde tuvieron lugar los acontecimientos dramáticos era un impresionante edificio conocido con el nombre de Palacio del Regente, que entonces albergaba las oficinas del Consejo de Ministros, y que hoy es la residencia del Presidente de la República de Polonia.

El *decorado principal* de este drama —y de ahí su título— era, evidentemente, una mesa de enormes dimensiones y un hueco central, que se extendía como una rueda sin radios; a su alrededor podían sentarse 58 personas y se componía de 14 piezas, preparadas especialmente para la ocasión por una ebanistería de Henrykow. El mueble, que tenía ocho metros de diámetro, fue ensamblado en la sala de columnas del palacio y sólo «actuó» en dos ocasiones: en la sesión plenaria inaugural de las conversaciones de la Mesa Redonda y en la ceremonia de clausura.

Aunque continuaré utilizando la analogía teatral para este caso, porque, en mi opinión, nos ayuda a captar los principales rasgos de un fenómeno realmente interactivo, tengo que señalar que en Varsovia, a principios de 1989, la palabra que dominaba, en sus muchas variedades y tamaños, no sólo el escenario político sino el lenguaje de la opinión pública, no era «teatro» sino «mesa».

Parecía que la única palabra merecedora de atención era la de mesa; un auténtico archipiélago de mesas o, quizás, para ser más exactos, una cuidada jerarquía de mesas apilables, con la más grande arriba y, justo debajo, tres

algo más pequeñas, ante las que había que tratar tres temas polémicos: la política, la economía, y el pluralismo sindical y el de las asociaciones profesionales. A su vez, esas tres mesas dedicadas a cuestiones generales generaban otras diez de menor tamaño —«submesas» en polaco, aunque se podría caer en la tentación de llamarlas mesitas de café o plegables—, creadas para abordar cuestiones concretas relativas a reformas legislativas y del sistema judicial, medios de comunicación, autogobierno local, asociaciones, educación, educación superior, ciencia y tecnología, juventud, política de vivienda, agricultura y política social para el campo, minería, salud, y, finalmente, ecología. Toda esta jerarquía de mesas estaba compuesta por 452 negociadores, expertos y asesores. Además, para momentos de crisis en los que las negociaciones llegaban a un punto muerto, existía incluso una mesa supletoria especial en un pequeño refugio cercano a Varsovia, una finca estatal situada en un pueblo llamado Magdalenka.

3. OBERTURA DRAMÁTICA

Esta enorme producción titulada La Mesa Redonda se anunció mediante *una obertura* que duró al menos cuatro años y que señaló, en ambos bandos, la creciente conciencia de que era realmente necesaria e inevitable una gran transformación. Así se puede leer en «Polonia cinco años después de agosto», un informe publicado en 1985 por los dirigentes de Solidaridad, o en otro documento inédito encargado en 1986 por el Ministro del Interior, el general Kiszczak, y elaborado por altos funcionarios del Partido, capaces y de confianza: Stanislaw Ciosek, Jerzy Urban y el general Pozoga. Las conclusiones de este equipo (no muy diferentes de las alcanzadas por los dirigentes de Solidaridad) indicaban que el régimen tendría que compartir el poder y que debía comenzar a hablar con la oposición tan pronto como fuera posible. La recomendación de compartir el poder no significaba que se fuera a abolir el régimen, ni tampoco que se tolerara la contrarrevolución o el revisionismo. Aquí es preciso hacer una aclaración, quizá innecesaria: el uso que hacía este informe (y el que hago yo mismo) de la palabra «oposición» podría resultar engañoso en la actualidad. Siempre que se utilizaba ese término se hacía para designar no a la «oposición» como elemento normal de un ordenamiento democrático, sino a un grupo de personas cuyas actividades se consideraban completamente ilegales.

El informe del Partido no se elaboró mucho después de que una editorial de emigrados polacos de Londres publicara un libro que Michnik había escrito en prisión en 1985, titulado «Así están las cosas... Algunos pensamientos sobre los pactos». Con una enorme capacidad de anticipación, el autor trazaba lo que después se convertiría en un punto de partida aceptado para establecer la agenda de la Mesa Redonda. No puedo saber si fue así por pura coincidencia o si en realidad los líderes del Partido estaban haciendo caso de las indicaciones de Michnik:

Somos completamente conscientes de que dentro de las reglas de juego totalitarias es imposible disponer de la clase de elecciones que demostrarían que los

comunistas en el poder no cuentan con el apoyo de la sociedad. Pero el camino hacia el acuerdo no debería cerrarse para siempre. La salida podría ser una solución que permitiera a la sociedad participar realmente en la elección de un 30% de los escaños del Parlamento, como mínimo. Pero si los candidatos de la sociedad para ese 30% de los escaños tuvieran que figurar en las mismas listas que personas como Siwak o Urban [*funcionarios del Partido que despertaban muchos odios*], sólo se conseguiría que los auténticos candidatos perdieran su credibilidad. La verdadera vía hacia el compromiso reside en la ampliación de las esferas de autonomía y no en comprar votos y nombres para lograr unos cuantos escaños en el Parlamento (Michnik, 1985, p. 138).

Lo sorprendente es que aquí Michnik previera una de las principales polémicas de las conversaciones de la Mesa Redonda, es decir, la insistencia del gobierno en poner a todos los candidatos en la misma lista y la exigencia de Solidaridad en conseguir listas separadas.

En 1988, la larga obertura del drama de la Mesa Redonda se convirtió en un alegro. En primer lugar, se publicó por sorpresa en una revista mensual una entrevista con Geremek, cuyo nombre había estado censurado durante mucho tiempo en los medios de comunicación oficiales. En ella mencionaba la necesidad de que hubiera un «pacto anticrisis» que condujera a una institucionalización del pluralismo. Después, en mayo y agosto, se produjeron dos oleadas de huelgas claramente políticas. Aunque los líderes de Solidaridad no consideraron que éstas hubieran tenido éxito, evidentemente llevaron al general Kiszczak, eminencia gris del Partido, a aparecer en la televisión nacional ofreciendo una vaga oferta de encuentro con la oposición, e incluso a pronunciar las palabras mágicas: «Mesa Redonda».

La primera reunión con Walesa tuvo lugar en una finca estatal de Varsovia el 31 de agosto, octavo aniversario de la firma de los acuerdos de los astilleros de Gdansk, y duró tres horas. A la conversación entre Walesa y Kiszczak asistieron otras dos personas, ambos secretarios, uno del Comité Central, Stanislaw Ciosek, y otro del Episcopado, el obispo Jerzy Dabrowski. Walesa lo narra de una forma así de prosaica:

El general Kiszczak pone sobre la mesa unas estrictas condiciones: la nueva legalización de Solidaridad sólo será posible después de que hayan finalizado las conversaciones de la Mesa Redonda con la firma de unos acuerdos nacionales; las huelgas actuales han de terminar en el plazo de 18 horas; tomaremos las siguientes decisiones respecto a la Mesa Redonda dentro de dos semanas y, entretanto, elaboraremos listas preliminares de negociadores y asesores. Por supuesto, no me gustó nada todo aquello, pero yo no podía hacer mucho más. Una docena de fábricas en huelga no es lo mismo que las cientos de ellas que paralizamos en agosto de 1980. Además, el general dijo directamente que los miembros más intransigentes de su partido estaban intentando torpedear cualquier oferta de negociación que se hiciera a la oposición (Walesa, 1991, p. 95).

A principios de septiembre de 1988, Walesa consiguió el visto bueno de la Comisión Nacional de Solidaridad para participar en las conversaciones. Así se lanzaba el trabajo de preproducción de la Mesa Redonda, a cargo de dos productores principales: el general Kiszczak, que tenía la confianza plena del jefe del Consejo de Estado, el general Wojciech Jaruzelski —que también era Primer Secretario del Partido— y Lech Walesa, electricista de astilleros, quien, según todas las fuentes, fue el que tomó todas las decisiones definitivas durante las conversaciones, con un infalible instinto político; aunque, al igual que Kiszczak, no participara directamente en el proceso negociador.

Walesa invitó a unas noventa personas (que más tarde llegaron a ser 138) a debatir la agenda de las negociaciones y la composición del equipo negociador de Solidaridad. Fue una especie de gran reunión de especialistas que, a falta de una entidad jurídica con la que identificarse, se dieron el nombre de «Comité de ciudadanos con Lech Walesa». Pocos días después, durante la reunión con el equipo gubernamental en Magdalenka, se acordó una fecha a mediados de octubre para las conversaciones de la Mesa Redonda, y se encargó a una fábrica de muebles la gran pieza circular que iba a ocupar el centro del drama y que fue ensamblada en un palacio de Jablonna, cerca de Varsovia, donde al principio se proyectó que tendrían lugar las conversaciones.

En ese momento fue cuando la obertura adquirió tintes aún más dramáticos, como consecuencia de las grandes transformaciones que estaban teniendo lugar *entre bastidores*. En primer lugar, cayó el gobierno del primer ministro Messner, y éste fue sustituido por Mieczyslaw F. Rakowski, un ambicioso comunista moderado, también conocido por su labor como director de *Polityka* —un semanario gubernamental relativamente bien informado— que tenía sus propios planes para resolver la crisis. Las conversaciones de la Mesa Redonda quedaron en suspenso y Rakowski anunció que sólo sería su gobierno el que llevaría la voz cantante en la introducción de unas reformas políticas y económicas que tendrían el espíritu de la *perestroika* de Gorbachov. Ofreció casi todo menos la legalización de Solidaridad: bastaba con un sindicato oficial. Poco después, en una reunión celebrada en la fábrica de tractores Ursus, un antiguo baluarte de Solidaridad, el primer ministro Rakowski tomó su primera gran decisión política: cerrar los astilleros de Gdansk. Aunque la decisión se amparara en razones económicas, se interpretó como un golpe de carácter político a la cuna del movimiento creado por Solidaridad, hogar de Walesa y su base natural en cuanto a apoyos.

No obstante, al mismo tiempo, siguieron haciéndose preparativos técnicos y organizativos para la Mesa Redonda —con esto me refiero a conversaciones sobre conversaciones—, hasta que se planteó la participación de Adam Michnik y de Jacek Kuron, a cuya presencia se negaba el gobierno. Eran los dos disidentes más atrevidos, prisioneros políticos durante años, a los que desde hacía mucho tiempo la prensa oficial venía calificando de peligrosos criminales, demonizándolos por considerarlos enemigos principales del orden público. En consecuencia, para muchos polacos, sobre todo de las zonas rurales, Michnik y Kuron eran algo parecido a lo que había sido Malcolm X para el

«estadounidense medio». Sin embargo, Walesa se negó a aceptar que no estuvieran en las conversaciones. De manera que la mesa que aguardaba en el palacio de Jablonna fue desmantelada el 24 de noviembre, y parecía que la obertura no iba a preludiar el alzamiento de ningún telón.

Sólo una semana después, el 30 de noviembre, se produjo un viraje sorprendente y decisivo durante un debate, retransmitido en directo a todo el país, entre el jefe de los sindicatos oficiales y Lech Walesa. La idea de celebrar dicho debate la había tenido el propio Miodowicz, un hombre presuntuoso en busca de más visibilidad y más poder, que había declarado en una reunión del Comité Central que «haría mermelada de Walesa». Pero las expectativas de que este electricista sin formación, que por primera vez estaba solo ante las cámaras, se pusiera en ridículo delante de millones de televidentes, se desvanecieron por completo. Con sus ideas lúcidas, bien templadas y de peso, Walesa impresionó enormemente y batió con facilidad a un hombre que no sólo era un burócrata del Partido, sino que hablaba como tal. La famosa frase de Walesa, «Europa va en coche y nosotros intentamos alcanzarla con una bicicleta», desarmó a la audiencia. Estaba claro que era un líder; incluso el Partido tenía que admitirlo. De repente, el proceso que conducía a la Mesa Redonda estaba nuevamente en marcha.

El 18 de diciembre, en una reunión fundamental de los 138 miembros del «Comité de Ciudadanos con Lech Walesa», se crearon tres comisiones para ocuparse de cuestiones económicas, políticas y asuntos relativos al pluralismo sindical, además de otros 15 comités destinados a los subgrupos temáticos de la Mesa Redonda.

No hace falta decir que entre la oposición aún seguía reinando el escepticismo y que se repetían frecuentemente argumentos conocidos como que «los comunistas nunca renuncian a nada, sobre todo por sí solos», o que «para ellos es una cuestión de principios no cumplir sus promesas». Pero Geremek respondía diciendo que, en efecto, «ya sabemos que no estamos hablando con un interlocutor fiable». Las tensiones internas fueron exageradas por algunos de los que no habían sido invitados a la Mesa, quienes difundieron rumores sobre la existencia de acuerdos sucios entre las dos élites.

4. EL GUIÓN, LOS PRINCIPALES ACTORES, LA ESTRATEGIA INTERPRETATIVA Y LOS PRIMEROS ENSAYOS

La teatralidad de la Mesa Redonda era completamente moderna. De hecho, era diferente a cualquier forma dramática tradicional representada entre *Las guerras de Troya* y *Madre Coraje*. En el teatro griego, tanto los actores como el público conocían la conclusión de la tragedia, ya que siempre se basaba en mitos o historias bien conocidos. En el caso de Brecht, la obra la conocían, como mínimo los actores y el director. Pero la Mesa Redonda se parecía más a las piezas de creación colectiva que representaban en los años sesenta y setenta grupos experimentales como el *Living Theater*, y en las que las funciones se basaban más en esbozos de guión y en el «desarrollo» de los personajes durante los ensayos. El resto se improvisaba o «se escribía en escena», y solía

verse influido por los debates y noticias del momento, e incluso por el público. Para ese tipo de representación se necesitaba una enorme disciplina, una formación constante, investigación, estudiar el nuevo lenguaje y buscar formas novedosas de fomentar la interacción.

Finalmente, el 27 de enero de 1989, los dos equipos de actores llegaron a un acuerdo sobre la base del guión para la Mesa Redonda. Había que desarrollar tres cuestiones principales. En primer lugar, los cambios en el ordenamiento político del Estado y la innovación en las elecciones parlamentarias que se avecinaban. En segundo lugar, las formas de facilitar el pluralismo sindical, entre ellas la legalización de Solidaridad, y, en tercer lugar, las reformas económicas. Los principios iniciales incluían un acuerdo tácito para no desatar abiertamente conflictos sobre el pasado y para que los cambios propuestos se realizaran de manera gradual. Entre otras cuestiones específicas que se mencionaron figuraba ese 30% aproximado de escaños que debía elegirse mediante elecciones realmente libres.

La oposición se dio cuenta con rapidez de que el sindicato Solidaridad sería legalizado si aceptaba un plan de elecciones sólo parcialmente democráticas. Ése era el precio político que tenía que pagar Solidaridad para existir oficialmente.

Y esa es la razón por la que la Mesa Política pronto se convirtió en el escenario principal del drama de la Mesa Redonda. El profesor Bronislaw Geremek, medievalista y jefe del equipo de Solidaridad en la Mesa Política, decidió que, a la larga, la mejor estrategia para ellos era no precipitarse. En la reunión inaugural de su Mesa, Geremek recordó a sus colegas la diferencia fundamental que había entre las prioridades de ambos bandos: el gobierno quería obtener cierto grado de legitimidad con sus esfuerzos reformadores, mientras que Solidaridad estaba intentando crear las condiciones para que se produjera un cambio de todo el sistema (Gebert, 1990, p. 35). En vez de legitimar cambios concretos, Solidaridad pretendía poner en marcha un proceso democratizador.

Entre los actores principales del equipo político de Solidaridad (después de una larga batalla con el gobierno), se encontraban Jacek Kuron y Adam Michnik, junto a intelectuales independientes como Marcin Krol y Krzysztof Kozłowski; intelectuales de origen obrero muy admirados, como Zbigniew Bujak y Bogdan Lis; así como el profesor Jerzy Reguński, la jurista constitucional Janina Zakrzewska y Jarosław Kaczyński (cuyo hermano gemelo estaba presente en la Mesa sobre Pluralismo).

El bando gubernamental lo dirigía Janusz Reykowski, un respetado profesor de psicología, y se componía de los líderes con más talento del Partido —y, en general, de los más jóvenes—, así como de sus actores más sólidos desde el punto de vista intelectual, como eran Aleksander Kwasniewski y Leszek Miller, dos destacados sociólogos; los profesores Hieronim Kubiak y Jerzy J. Wiatr, y Sylwester Zawadzki, profesor de derecho.

La mesa para la negociación del pluralismo sindical y de las asociaciones profesionales estaba presidida por Tadeusz Mazowiecki, del lado de Solidaridad,

y Aleksander Kwasniewski, del gubernamental (el hecho de que éste último estuviera en dos mesas clave indicaba que ya era una estrella en ascenso dentro del Partido). La Mesa de Economía y Política Social estaba presidida por economistas muy conocidos, el profesor Witold Trzeciakowski, en nombre de Solidaridad, y Wladyslaw Baka, en nombre del gobierno.

Resulta decepcionante que sólo hubiera cinco mujeres negociando en las tres mesas principales. En la Mesa Política estaban Janina Zakrzewska, por Solidaridad, y Zofia Czaja, por el gobierno; mientras que en la Económica se encontraban Helena Goralska, Grazyna Staniszewska e Irena Wojcicka, las tres de Solidaridad. De manera que las mujeres sólo representaron poco más del 1% del reparto de la Mesa Redonda.

Es significativo que, durante las reuniones anteriores a la Mesa propiamente dicha, los representantes de Solidaridad ya hubieran comenzado a percibir, con cierta sorpresa, que el bando gubernamental o del Partido no mencionaba en absoluto la ideología comunista y que su argumentación era absolutamente pragmática (Geremek y Zakowski, 1990, p. 113).

5. LA REPRESENTACIÓN

Un entremés

El seis de febrero, la televisión nacional retransmitió la primera sesión plenaria de la auténtica Mesa Redonda, presidida por el general Kiszczak, quien habló primero y dejó claro que el consentimiento para la existencia de Solidaridad dependería de la «inviolabilidad de los principios del sistema socialista», así como del «carácter no polémico de las próximas elecciones».

Entonces los focos se dirigieron a Walesa, que pronunció su famosa frase inicial:

El grupo al que aquí represento acepta todas las propuestas y sugerencias hechas por el Sr. General... (*posteriormente*). Y se compartirá tanto la responsabilidad como la participación (Gebert, 1990, p. 14).

Las tres mesas más pequeñas y los diez grupos de trabajo de las «submesas» entrarían en escena 48 horas más tarde. Entretanto, un nuevo chiste se difundía en Varsovia: «¿Por qué tiene la mesa ocho metros de diámetro? ... ¡Porque el récord mundial de lanzamiento de escupitajo es de siete metros!

La actuación principal en la Mesa Política

En la Mesa Política, una de las grandes polémicas se cifraba en precisar hasta qué punto iba a participar la oposición en las instituciones del Estado. El gobierno ofrecía unas prontas elecciones parlamentarias, que, según el principio de cambio gradual, serían parcialmente democráticas, y sólo un tercio de los escaños (el 35%) se elegiría mediante sufragio libre. Sin embargo, no sólo el resto de los escaños (el 65%) quedaría reservado para los candidatos respaldados por el régimen, sino que, en este momento, el gobierno hizo

una propuesta no incluida en el guión de partida: crear un nuevo cargo de Presidente y concederle amplios poderes. No parecía haber dudas respecto a que esta medida dejaba todo el poder real del ejecutivo y del legislativo en manos del antiguo régimen. El bando representado por Solidaridad se opuso y dijo que no aceptaba asumir el papel de un «extra» que carece de influencia en las más importantes instituciones del poder.

El punto muerto se superó cuando Aleksander Kwasniewski, el *niño prodigio* del lado gubernamental, propuso la idea de que también se creara una segunda cámara en el Parlamento: un Senado en el que todos los escaños se elegirían mediante elecciones completamente libres. En consecuencia, Solidaridad se centró ahora en dar a dicho Senado, en principio ornamental, un papel importante, y en parte lo consiguió.

Los papeles más lucidos y las mejores frases

Según muchos observadores, Adam Michnik fue la personalidad más fascinante de las conversaciones de la Mesa Redonda (Gebert, 1990, p. 15). Aunque su nombre era muy conocido (entre intelectuales, miembros del Partido e, incluso, en el extranjero), hasta dichas conversaciones su cara no resultaba familiar para los espectadores de televisión ni tampoco para los miembros del bando gubernamental. No obstante, cuando hablaba, la diestra consistencia de sus argumentos y la asombrosa frescura de su lenguaje conseguían interrumpir todas las conversaciones del entorno.

Ante Polonia se extienden tres caminos: podemos tomar el descrito por Konwicki en su novela *El pequeño apocalipsis*; podemos optar por la vía iraní, o podemos seguir la española, lo cual significa llegar a un acuerdo para que nuestro país deje de ser una fuerza totalitaria para convertirse en la clase de democracia que no tiene que basarse en la amenaza de los intereses de nadie (Gebert, 1990, p. 17).

He aquí otras buenas frases: Del profesor Reykowski, jefe del equipo gubernamental: *Sólo nos preocupa que los futuros pasos que se den hacia la democracia no sean pasos hacia la desestabilización* (Walesa, 1991, p. 114); Marcin Krol, intelectual independiente: *Sólo la sociedad civil garantiza la estabilidad. Cualquier otra situación garantiza la revolución* (Gebert, p. 24); Bronislaw Geremek: *Mi problema es cómo compartir la responsabilidad de mi propio Estado cuando se me ha desposeído completamente de él* (Geremek y Zakowski, 1989); Jan Baszkiewicz, historiador especialista en la Revolución Francesa y miembro del Partido: *Polonia... pero, ¿qué Polonia, caballeros? ¿Una Polonia capitalista? Por favor, ¡hablen claro y digan si todos son partidarios de esa «solución final»!* (Gebert, p. 23). Tadeusz Mazowiecki: *No sé si Suecia es un Estado capitalista o si Camboya es socialista. Para mí, y para muchos de los que están aquí sentados, es mucho más importante la diferencia entre sistema totalitario y sistema antitotalitario* (Gebert, p. 23); Adam Michnik: *Tenemos que respetar la ley, ¡pero ustedes quieren que mantengamos el papel preponderante del Partido en los tribunales!* (Walesa, p. 114); Zbigniew Bujak,

dirigente de Solidaridad en la región de Varsovia y figura legendaria de su etapa clandestina durante la ley marcial: *Ustedes son especialistas en el estado policial, nosotros en la sociedad civil* (Walesa, p. 114), y M. Krol: *Si el gobierno considera que el problema de las elecciones es parte integrante de nuestro pacto, entonces nosotros consideramos que esa parte conlleva el acceso a la radio y la televisión* (Walesa, p. 114). Además, en realidad fue Marcin Krol, redactor jefe de *Respublica*, quien propuso que se concediera al bando liderado por Solidaridad el derecho a publicar un diario oficial propio con el que dirigirían su campaña electoral. Sugirió que el nombre del periódico fuera la «Gaceta electoral» (*Gazeta Wyborcza*).

Teatro de cámara en Magdalenka

Cuando las negociaciones alcanzaban un punto muerto —y así comenzó a ocurrir ya desde principios de marzo—, un pequeño grupo de actores clave, unos diez de cada bando, se reunía en la finca estatal de Magdalenka; pero, en esas ocasiones, estaban presentes los dos productores y responsables principales, Kiszczak y Walesa. Con esas «cumbres» bastante informales —sin periodistas, cámaras o grabadoras, y con actas mínimas— se pretendía desbloquear la situación, superar la parálisis y llevar las negociaciones a la fase siguiente. Desde Magdalenka, Kiszczak podía telefonar en poco tiempo a Jaruzelski para conseguir su visto bueno. La relativa intimidad y ausencia de ceremonias también ayudaban a eliminar muchos de los prejuicios que uno y otro bando tenían sobre su oponente.

Sin embargo, al mismo tiempo, dichas «mesas supletorias», precisamente por tener lugar en privado, en lugares bastante inaccesibles, fuera de Varsovia —es decir, «entre bastidores»— suscitaron conjeturas y rumores, y dieron pábulo a considerables elucubraciones sobre la existencia de acuerdos secretos entre las élites desplazadas a Magdalenka, y la posible firma de concesiones...

A lo largo de la Mesa Redonda, tuvieron lugar cinco reuniones en la «mesa supletoria» de Magdalenka. Allí fue donde, a cambio de un nuevo Senado, elegido mediante elecciones libres, se hizo digerible para Solidaridad la oferta, de otro modo intragable, de unos comicios basados en las cuotas del 35% y el 65% antes expuestas, que, por ley, iban unidos a una presidencia fuerte.

Gran apoteosis final

El 5 de abril a las 5 de la tarde, todo el mundo tomó asiento de nuevo por segunda vez ante la gran Mesa Redonda. Después de los discursos inaugurales de Kiszczak y Walesa, se anunció un descanso inesperado. Como se sabría más tarde, el jefe de los sindicatos oficiales, Alfred Miodowicz, a quien en Magdalenka se había encomendado que pronunciara el sexto discurso, había amenazado con abandonar la Mesa si no se le concedía la palabra como tercer orador. Finalmente, después de una interrupción de casi tres horas, durante la cual todo el país estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios —preguntándose qué demonios estaba pasando— la ceremonia se reanudó. Miodowicz había impuesto su criterio y sería el tercero en liza, y hoy día nadie recuerda sus anodinas palabras.

Sin embargo, las de Lech Walesa, su predecesor en el estrado, marcaron tanto el inicio de una nueva era como el predominio de una novedosa transformación política y sistémica. «Somos conscientes» —dijo— «de que las conversaciones de la Mesa Redonda no han colmado todas nuestras expectativas, porque no podían hacerlo. Pero quiero subrayar que, por primera vez, hemos hablado entre nosotros utilizando la fuerza de los argumentos y no el argumento de la fuerza. Así que miramos al futuro con esperanza».

Se firmaron los acuerdos y, en algunas mesas, ¡las actas con las diferencias ocupaban más espacio que los propios pactos!

En los asuntos más polémicos relativos a la ley electoral, el acuerdo final señalaba que se elegiría libremente un Senado de 100 escaños, y que éste tendría la facultad de corregir las leyes; además, el 35% de los escaños de la cámara baja del Parlamento (compuesta por 450 personas), se cubriría a través de elecciones libres, mientras que el resto lo ocuparían el Partido Comunista y sus socios de coalición¹. Tal como Solidaridad había exigido, los candidatos de ambos bandos irían en listas separadas. Finalmente, la Asamblea Nacional —es decir, las dos cámaras del nuevo Parlamento— elegiría un Presidente.

Dos días después, el Parlamento de la República Popular de Polonia, aceptó estas grandes decisiones de la Mesa Redonda.

6. EPÍLOGO

El resultado principal de la Mesa Redonda, el pacto para las elecciones, que al principio se concibió como una fórmula para garantizar la estabilidad de un cambio lento y gradual, al final ahorró mucho tiempo. Aunque las elecciones de junio fueron realmente una prueba atroz, la lista de Solidaridad obtuvo todos los escaños del Parlamento que conformaban el 35% de libre elección. En cuanto al Senado, los candidatos del régimen no obtuvieron ni un solo escaño y, en el plazo de dos meses, los decorativos compañeros de coalición del Partido Comunista, que hasta el momento habían tenido un papel pasivo, se atrevieron a ceder sus puestos a Solidaridad, con lo que los términos del pacto de la Mesa Redonda comenzaron a perder importancia.

En septiembre de 1989, unos cinco meses después de la firma de los acuerdos, se creó un nuevo gobierno, en el que Tadeusz Mazowiecki se convirtió en el primer jefe de gobierno no comunista del bloque soviético. En julio, el nuevo Parlamento había elegido presidente al general Jaruzelski, pero durante el año y medio que ocupó el cargo nunca intentó utilizar ninguno de los enormes poderes presidenciales que su partido había negociado en la Mesa Redonda.

El 17 de diciembre se remitió al Parlamento un paquete de once leyes que modificaban sustancialmente el sistema económico y que fueron aprobadas el 1 de enero. El 29 de diciembre la República Popular de Polonia se convertía oficialmente en la República de Polonia.

¹ Los dos partidos creados durante la dictadura para dar la impresión de pluralismo eran el Partido Unido Campesino (ZSL) y el Partido Democrático (SD).

Para terminar, aludiendo al recordatorio que hizo Michnik en relación con la inevitable decepción que se produjo en ambos bandos después de los acuerdos negociados, diremos algunas palabras sobre «los que, después de todo, están vivos» ...

El sucesor del general Jaruzelski como Presidente de la República fue Lech Walesa, el electricista de Gdansk.

Bronislaw Geremek, cuyo nombre era un tabú para los medios de comunicación oficiales, fue, a finales de los 90, el Ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, y durante un año actuó como presidente de turno de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE). En el verano de 2002 el gobierno polaco lo propuso como candidato al puesto de Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos.

Adam Michnik, arropado por una redacción en la que figuran viejos amigos de la clandestinidad, es redactor jefe de *Gazeta Wyborcza*, la *Gaceta electoral*, o, simplemente, la *Gaceta*, como la llaman los polacos, que ahora es el diario principal y de más éxito de la zona; parece tener la tirada más grande de la prensa no sensacionalista europea, y cuyas acciones van viento en popa en la bolsa de Londres.

Zbigniew Bujak, el intelectual obrero de la fábrica de tractores Ursus, terminó un *master* del Departamento de Estudios Políticos de la Universidad de Varsovia y no hace mucho que fue nombrado Presidente de la Alta Cámara para el Control Aduanero y de Fronteras. Stanislaw Ciosek estuvo destinado como Embajador en Rusia durante casi diez años.

El general Kiszczak ha escrito sus memorias... y recibe frecuentemente citas para ir a declarar ante los tribunales polacos.

Finalmente, en otoño de 2000, Aleksander Kwasniewski, fue reelecto por segunda vez como Presidente de Polonia.

Texto publicado originalmente en la revista *East European Politics and Societies*, vol. 15, N° 2, pp. 454-471 (Primavera 2001)

(Traducido por Jesús Cuéllar)

Bibliografía

- Konstanty Gebert, *Mebel*, Londres: ANEKS, 1990.
- Bronislaw Geremek y Jacek Zakowski, *Rok 1989: Geremek odpowiada, Zakowski pyta*, Varsovia: Plejada, 1990.
- Adam Michnik, Conferencia pronunciada en el Instituto para la Democracia y la Diversidad de Cracovia el 25 de julio de 1999.
- Adam Michnik, *Takie Czasy... Rzecz o Kompromisie*, Londres: ANEKS, 1985.
- Lech Walesa, *Droga do Wolności*, Varsovia: Spotkania, 1991, p. 95
- K. Wolicki, «Cos», en Krzysztof Leski, *Rzecz o okraglym stole*, Varsovia: Plus, 1989 (edición fotocopiada).